

1895

12

IMPORTANCIA SOCIAL
 DE LA
Coronación Guadalupeana.

DISCURSO LEÍDO

en la

VELADA LITERARIA,

celebrada el 12 de Noviembre, en Irapuato, en honor de la Coronación

DE LA VIRGEN DE GUADALUPE,

Por Gabino Chávez, Pbro.

autor del Catecismo de Controversia Guadalupeana, de dos Novenas y dos Visitas á la Virgen de Guadalupe, del Mes Guadalupeano, la Peregrinación Guadalupeana, el Catecismo popular de la Coronación, etc.



QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Frias y Soto.

Flor-baja núm. 12.

1895.

T660
G8
h35

389

BT660

.68

C135

005389



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080014979

IMPORTANCIA SOCIAL

DE LA

Coronación Guadalupeana.

DISCURSO LEÍDO

en la

VELADA LITERARIA,

celebrada el 12 de Noviembre, en Irapuato, en honor de la Coronación

DE LA VIRGEN DE GUADALUPE,

Por Gabino Chávez, Pbro.

*autor del Catecismo de Controversia Guadalupeana,
de dos Novenas y dos Visitas á la Virgen de
Guadalupe, del Mes Guadalupeano, la Peregrinación
Guadalupeana, el Catecismo popular de la Coronación, etc.*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Frias y Soto.

Flor-baja núm. 12.

1895.



LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE V. VALLEJO S. R. C.
SAN JOSE EL REAL Num. 2.
APARTADO POSTAL Num. 446.
MEXICO.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42510



SEÑORAS:

SEÑORES:

PREVÁNTASE á veces en las almas un sentimiento arrebatador indefinible: el regocijo, la ansiedad, el deseo, fundidos en uno, invaden los corazones; como una chispa eléctrica corre velozmente por todas partes, y enciende los pechos, y conmueve los ánimos, y empuja á las masas. Invade todos los sexos, reanima todas las edades, agita todas las condiciones, y circula por todas las clases: es un fuego que calienta y no consume; es una fiebre de sabrosísimos delirios, y me atrevería á decir, una especie de deliciosa locura que no fastidia, y de la que no se apeetece ser curado. Y este sentimiento ha invadido, y ha poseído dos meses há á nuestra religiosa república: en todas las mentes ha germinado una idea, en todos los corazones se ha erigido un trono á un mismo amor, un mismo fuego ha inflamado todos los pechos, y una sola palabra ha sido lanzada por todos los labios, girando por todo el mexicano territorio, repercutida por los ecos de nuestras enhiestas montañas, y mecida por las olas de nuestros mares. La Coronación guadalupana ha sido proclamada; la co-

005389

BT660

68

CH35



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Colecta Nacional
Biblioteca Nacional

E X
HEMETH

ronación ha hecho nacer tal entusiasmo, que no lo vieron jamás nuestros padres ni conocieron igual nuestros abuelos.

¡El entusiasmo! he aquí el sentimiento que ha levantado á toda México, conmoviendo las ciudades y los pueblos, sus serranías y sus llanuras, su centro y fronteras y empujando las muchedumbres á la pequeña Villa, de inestimable presea depositaria. Ni los cambios políticos más felices, ni el advenimiento de los gobernantes más queridos, ni las fiestas patrióticas más señaladas, ni aún los acontecimientos religiosos más trascendentales; nada había conmovido jamás á ese grado los pueblos, ni regocijado á las almas, ni henchido los caminos y hecho rebosar los vehículos que el hierro conduce y el vapor arrastra.

¿Qué causa, pues, es ésta tan poderosa, que así influye en los ánimos, y unifica los sentimientos, y exalta las afecciones? ¿Qué resorte tan robusto que así levanta un pueblo entero con un solo impulso?...

Señores: entre las afecciones del corazón humano, nada hay tan noble, tan sincero y tan profundo, á la par que tan eficaz y tan dulce, como el amor maternal. El Criador lo ha puesto en el corazón de la mujer, como una chispa desprendida del suyo, y el fuego que ha encendido, subsiste aún, para dicha del hombre, en medio de todas las decadencias y de todos los abajamientos de la época actual. Ni el amor de amistad, con sus placenteras intimidades, ni el amor fraternal con la estrechez de la sangre, ni aun el amor conyugal, ya vislumbrado en perspectiva por la juventud, cuyos horizontes dora y embellece

cual sonriente aurora, ya conquistando y apurado en sus castos goces por la edad madura, nada, nada es capaz de compararse con ese amor tranquilo, sereno, vehemente y delicioso, que sólo se alberga en el corazón de una madre.

Ahora bien; si Dios ha provisto á cada familia, y aun á cada individuo de ese tesoro; ¿será dable que en la gran familia humana de que solo Él es el padre, no se encuentre una madre verdadera? ¿Dejaría el Señor sin madre al humano linaje á quien vino á congregarse en la grande y universal sociedad que se llama la Iglesia?

—De ninguna manera, Señores.

Un día el Redentor, moribundo, en una montaña, miraba á su Madre con ojos de un amor infinito, y dirigiéndose á un joven discípulo á quien amaba tiernamente le dijo: "Ahí tienes á tu madre" Y el joven, apellidado por su mismo Maestro, el hijo del trueno, palpitaba henchido de gratitud inmensa ante aquel trueno, de amor, que no de ira, que salía de boca del Cristo; y el género humano, representado por el evangelista virgen, acababa de obtener para siempre una madre!

Pero ¡qué madre, Señores! Dios mismo, lo sabeis, quiso tener una Madre, y formó la criatura más grande y más augusta salida de sus manos; limpia como la luz de la mañana, pura como los ángeles del cielo, es la Reina de los mundos, que para su Hijo y para ella fueron hechos; y por eso la vió Juan su hijo adoptivo en el destierro de Patmos, revestida de ese sol millón y medio de veces mayor que nuestra tie-

rra; posando sobre la plácida luna su planta vencedora, y coronada por doce estrellas deslumbrantes, soles quizá ante los que es pequeño el que á nosotros nos alumbrá.

Y esta criatura prodigiosa, que es de Dios la Madre verdadera, esta es también la madre del humano linaje. Fundido en uno el corazón de todas las madres, no tendría la dulzura que el suyo; dióle su Hacedor una ternura casi infinita, con una compasión llena de clemencia, y un amor á los hombres que, grande como los mares, no conoce ni fondo ni riveras. Y cuando hablo de ella, creo ver vuestro pecho estremecido y bullendo en él su nombre tan querido, ese nombre más dulce que la miel de los panales, y más suave que los perfumes del Oriente. La habéis nombrado cada uno en vuestra mente, y habréis recordado quizá que su nombre, no sólo significa la estrella de los mares, sino también, Señora, Reina y Soberana.

—Ella es, pues, la Reina, no menos que la Madre de las naciones.

—Solamente que á cada reino, á cada nación, á veces desde su cuna, se les dá por decirlo así la posesión y como la investidura de su Madre, de un modo especial y misterioso: en Italia se posee la Casa de Loreto; en las Galias adoraban los druidezas en el fondo de sus bosques seculares á la Virgen que había de dar á luz; en España, á orillas del Ebro, la Virgen, viva aún, viene á visitar á sus hijos.

¿Y en cuanto á México? Nadie ha olvidado, Señores, la hermosa historia que oímos desde niños: el

Tepeyac es para nosotros lo que la montaña de Sión para Israel; la Virgen de Guadalupe en su tosca tela, es nuestra madre, y Juan Diego el indígena es nuestro hermano. Y es el amor á esta Madre el que ha inflamado las almas, y regocijado los corazones, y levantado con no visto entusiasmo las masas.

Y esto muy bien se explica: México ama á su Guadalupeana como á su Madre, y las glorias de una madre son siempre las delicias y la gloria del hijo.

—Pero hay una cosa mas difícil de explicarse. Y esta és, el entusiasmo antiguadalupano. Sí, Señores, muchos aun lo ignoran, porque no tienen contacto con esa atmósfera pestilente. La coronación ha provocado en su contra el entusiasmo de la ira, el entusiasmo del odio, el entusiasmo de la hostilidad y de la persecución. Oradores de estúpida ciencia la blasfeman en los congresos; plumas envenenadas la cubren de ignominia; las sociedades secretas rugen en sus antros satánicos, y sus rugidos se dejan oír hasta en las afueras; el protestantismo, en su odio innato á la Madre de Dios, repite una vez más sus viejos insultos; los periodistas incrédulos ensayan ya la ironía y el ridículo, ya el sarcasmo y la blasfemia; la caricatura, ese arte infame en que se matan las honras con la punta de un buril, entre risas y gracejos, ha venido á insultar del modo más soez, á las personas y las cosas que á la coronación de cerca atañen; y en fin, el entusiasmo diabólico, (porque del diablo procede,) ha igualado en intensidad, si no, dichosamente, en sus efectos, al entusiasmo regocijado de los creyentes.

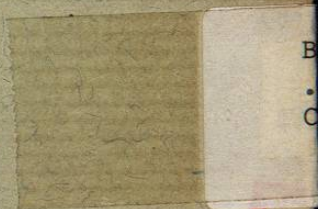
Mas, repetimos; el entusiasmo del amor filial es muy comprensible; pero el entusiasmo del odio, ¿cómo se explica?

Escuchad: en nuestro siglo, como en ningún otro, se ha procurado derrocar de su sólio real á Jesucristo. Como el pueblo judío enfurecido, las naciones han clamado á voz en cuello: «no queremos que este reine sobre nosotros.» Y hanle echado fuera de sus constituciones y de sus leyes; no se le necesita; el pueblo es el soberano—y bástase á sí mismo;—hásele arrojado del nacimiento y de la muerte; hásele echado de la familia, sustituyendo una ceremonia civil al matrimonio cristiano; hásele lanzado de la escuela, arrebatándole al niño, y del colegio, armando contra él al joven; se le ha divorciado de las masas, corrompiéndolas, y de las inteligencias, envenenándolas; como á un soberano hecho cautivo por las armas, se le ha relegado al fondo sombrío de los templos, prohibiéndole manifestarse por de fuera; y aun se ha pretendido, vanamente, arrebatarle el cetro de los corazones, mirando como un delito el consagrarse con vínculos irrevocables: «No queremos que este reine sobre nosotros» Entre tanto la Iglesia, canta tranquila en las fiestas del Corpus: «Al Rey de los reyes, al Señor, venid y adorémosle.» Y al terminar del año, exclama de nuevo: «Al Rey de los reyes, venid, y adorémosle, que él es corona de todos los santos.» Y todo el año, en las exequias de sus hijos que han dejado la tierra no cesa de repetir: «Al Rey para quien todo vive, venid y adorémosle.» Así, mientras la Iglesia afirma y adora la soberanía social de Je-

sucristo, el siglo la combate con esfuerzo inaudito, y trabaja sin cesar por derrocarlo de su trono.

Pero, Señores, coronar á la Virgen en su imagen, no es como afectan creerlo los impíos, el practicar una mera ceremonia, vana y sin consecuencia; la coronación, no es sólo, como entienden aún algunos católicos de espíritu superficial, engrandecer á una imagen querida con un honor litúrgico, y rodear á la Madre de Dios con una gloria que no sale del recinto de sus santuarios. Nó; el coronar á la guadalupana á nombre de todo un pueblo que se apiña para verla, y deja sus hogares para venerarla, y todo él la corona con el oro de su amor, y los diamantes de su devoción: el coronarla de un modo tan cordial y tan sincero, tan general y tan solemne, es proclamarla verdaderamente Reina, es reconocerla cual Reina universal, como la llama el Angel de la Escuela; es confesar que si Venus es la reina del siglo afeminado de los goces, ella es la Reina de las almas y de los espíritus viriles.

Ahora bien; si la Madre es Reina, como vástago ilustre de catorce reyes; si se la proclama Reina, y como Reina se corona, claro es que el Hijo es Rey también como su Madre; proclamar el reinado de Maria, es pregonar el reinado de Jesucristo; coronarla con diadema real é imperial, es coronar al mismo tiempo la cabeza del Señor, su unigénito. Así, la coronación guadalupana, es la proclamación pública, solemne, espontánea hecha por todo un pueblo, de la soberanía social del Verbo hecho hombre; y no sé cómo no ha sido observado lo bastante el trascendentalismo sorprendente de ese acto religioso.



B
:
C

005